

CAPITULO XXVII

Medios de acrecentar en nosotros el fruto de la santa Misa

1. Disposiciones para oír la santa Misa — 2. Necesidad de dichas disposiciones.

CONOCIDOS ya el *valor* del Sacrificio eucarístico, que es infinito, y los *frutos* principales que él nos reporta, tanto por ser una acción de Cristo en favor nuestro (*ex opere operato*), como por ser obra nuestra, buena y meritoria (*ex opere operantis*), es muy conveniente considerar ahora los medios de que podemos valernos para recibir más copiosamente dichos frutos.

1. Ante todo interesa saber las *disposiciones* que el Señor exige de nosotros para asistir á la Misa con mayor provecho y para unirnos íntimamente á Cristo nuestro Señor. Estas disposiciones son tres: Primera, *un principio de buena voluntad* para llegarnos humildemente á Dios. Y este era el sentimiento del publicano cuando dijo: *Señor, tened piedad de mí, que soy pecador*.—Segunda, *una fe viva* de la presencia de Jesucristo en el altar para inmolarse por nosotros.—Tercera, *un profundo respeto*, y juntamente *una grande confianza*, consecuencias necesarias de la fe en Jesucristo, presente en el Santo Sacrificio.

2. Cosas son éstas muy descuidadas entre los cristianos, y por eso no pocas veces se frustran ó aminoran los maravillosos efectos que Dios quiere producir en nuestras almas con el augusto Sacrificio eucarístico. Dichas disposiciones son como una necesidad de nuestro espíritu, reclamadas *por la unión íntima que el Bautismo establece entre Jesucristo y nuestro pobre corazón*. En la pila bautismal somos hechos miembros del divino Salvador, participamos de su real sacerdocio para el ministerio de orar, ofrecemos en unión suya, y por la mediación del sacerdote, el sacrificio de su cuerpo y de su sangre; y por consecuencia, debemos tener, en cuanto sea de nues-

tra parte, las mismas disposiciones que Jesús tiene por modo eminente en su Corazón divino.

Además, las referidas disposiciones son exigidas *por nuestra Madre la Iglesia*, guardiana ilustre del honor de Cristo nuestro bien. Antiguamente, antes de llegar á la acción esencial del sacrificio de la Misa, un diácono dirigía su voz á las gentes convocadas en el templo, ordenando que salieran de él todos los que no fueran dignos de tan altos misterios; y salían los infieles, los judíos, los excomulgados, los catecúmenos y los penitentes que habían sido admitidos á presenciar la primera parte de la Misa, ó sea la preparación para ella. En el día de hoy la Iglesia abre sus templos á todos los cristianos, á justos y á pecadores, exigiendo sólo la contrición interior de sus culpas y el deseo sincero de ser perdonado y de volver á la gracia de Dios.

Pues bien; previas estas disposiciones, sólo resta trazarse un *método* práctico para asistir con mayor fruto al Santo Sacrificio. Muchos son los libritos devotos que tratan de este piadoso asunto, y que andan en manos de todos; por cuya razón nosotros sólo indicaremos un método, que nos parece preferible, añadiendo algunas significaciones de las diversas partes y ceremonias de la Misa. Trataremos, pues, dos puntos:

- 1.º Método para oír fructuosamente la santa Misa.
- 2.º Significación de las partes principales de ella.

§ I

INDÍCASE EL MODO DE OÍR FRUCTUOSAMENTE EL SANTO SACRIFICIO

3. Diversos métodos para oír con fruto la Misa.—4. Cuál es el más fácil y provechoso.—5. Adoración.—6. Acción de gracias.—7. Satisfacción y perdón.
8. Petición de gracias.—9. Ejemplo práctico.

Grande cosa es, sin duda, concurrir al templo para oír la santa Misa con aquel respeto y profunda veneración que inspiran el lugar santo, la presencia de Dios, de los ángeles y de los fieles, juntamente con el pensamiento del augusto misterio que se va á realizar; pero como nuestra fragilidad es grande, la devoción pequeña, las distracciones largas y la vigilancia corta, es de necesidad ayudar nuestra flaqueza con alguna industria apropiada á tan sublime acto religioso.

3. No hay, en verdad, método absoluto determinado por la Iglesia, y así decimos que toda *oración* ó súplica piadosa, unida á las intenciones y ruegos que hace el sacerdote en la Misa, es buena ayuda y de utilidad práctica.

Igualmente toda *meditación* de cosas espirituales que nos mueva y lleve á la unión estrecha con Dios y con Jesucristo inmolado sobre el altar, ó que nos excite á detestar el pecado y á recibir con provecho la Comunión sagrada, puede aceptarse como práctica buena y será conveniente.

Recitar el santo Rosario y meditar sus misterios, si se hace como es debido, es método facilísimo que puede unir al alma con Jesús y con la Virgen, haciendo surgir en nuestro espíritu los más piadosos actos de fe, de esperanza, de humildad, de contrición, de reconocimiento y de amor.

4. Sobre todo *unirse con el pensamiento á los cuatro fines principales* que movieron al Corazón de Jesús á ofrecerse á su Eterno Padre como víctima por nosotros, á saber: *adorarle* como á sumo Bien, *darle gracias* por los bienes recibidos, *satisfacerle* por las culpas pasadas y *pedirle gracias* para lo venidero, es método excelente y tal vez el más útil, porque es el que nos une más íntimamente con los sentimientos de Jesucristo. «Yo no desapruébo—dijo San Alfonso María de Liguorio—que durante la Misa recitéis vuestras oraciones vocales; mas al mismo tiempo quisiera que no olvidaseis de pagar á Dios las cuatro deudas de *honor, agradecimiento, satisfacción y oración* que todos le debemos.» Y San Leonardo de Puerto-Mauricio declara que la experiencia le ha hecho conocer los frutos abundantes de este medio. Lo cual, siendo así, nos lleva á mostrar cuán conforme es al espíritu de la Iglesia en sus oraciones litúrgicas.

5. ADORACIÓN.—Comenzando por lo más importante, que es *la adoración*, decimos, con el autor de las *Pailletes d'Or*, «que todas las oraciones de la Misa son propiamente una adoración á Dios; mas este acto religioso se realiza de un modo especial: primero, en el *Gloria in excelsis*, cuando el sacerdote dice: *Señor, te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos*; segundo, al fin del *Prefacio*, por aquellas palabras: *Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos. Hosanna en lo más alto de los cielos*; tercero, antes del *Pater noster*, cuando el celebrante, teniendo en su mano derecha á Cristo sacramentado, y haciendo con ella tres cruces sobre el cáliz y dos entre el cáliz y el pecho, exclama: *Todo honor y toda gloria os sea dada á Vos, Dios Padre omnipotente, en unidad del Espíritu Santo, por Jesucristo, con Jesucristo y en Jesucristo, por los siglos de*

los siglos; cuarto, cuando el sacerdote (en el *Hanc igitur*) ofrece la Hostia á Dios como el homenaje y el sacrificio de nuestro servicio.

6. ACCIÓN DE GRACIAS.—Este acto tan necesario y que tanto complace al Señor, se realiza principalmente en el *Gloria in excelsis*, y sobre todo en el *Prefacio*, cuando el celebrante, después de haber invitado á los fieles á dar gracias á Dios, y respondido el pueblo: *Digno y justo es*, sigue diciendo: *Verdaderamente es digno y justo, equitativo y saludable, que nosotros siempre y en todas partes te rindamos gracias á ti, Señor Santo, Padre omnipotente, Dios Eterno; por Cristo Señor nuestro*.

7. SATISFACCIÓN Y PERDÓN.—Una de las cosas más consoladoras de la santa Misa es que por ella el Señor nos da gracia para salir de nuestros pecados y sirve de satisfacción por las penas temporales que ellos merecen, y estas gracias se piden á Dios de un modo especial en las oraciones siguientes:

Por el *Confiteor*, recitado por el pueblo al principio de la Misa.

Por los *Kiries*, repitiendo en ellos nueve veces: *Señor, tened piedad de nosotros*.

En la oblación del pan, que le ofrece el sacerdote *por la remisión de nuestros innumerables pecados*.

En el momento en que el celebrante, extendiendo las manos sobre el pan y el vino, ruega á Dios *que nos libre de la condenación eterna*, que es la pena del pecado mortal.

Después de la consagración (*Nobis quoque peccatoribus*), cuando el sacerdote, considerándose pecador, y en nombre de todos, pide á Dios ser admitido en el cielo, no en consideración de nuestros méritos, sino en atención á su misericordia, perdonando las culpas.

Igualmente se invoca la misericordia del Señor en la *Oración dominical* y en el *Agnus Dei*, cuando el celebrante, inclinando la cabeza y golpeándose el pecho, exclama: *Señor, tened piedad de nosotros*.

Por último, antes de la bendición también ruega el sacerdote á Dios que el Santo Sacrificio sea *propiciatorio* para todos.

8. PETICIÓN DE GRACIAS.—Si bien se observa, vése claro que todas las oraciones de la Misa contienen *una súplica* al Señor; pero sobre todo donde más se evidencia es en la *Oración dominical*, precedida de las palabras más apremiantes, y después de la consagración, cuando el sacerdote ruega á Dios que se digne aceptar *la Hostia pura, la Hostia santa, la Hostia inmaculada, el Pan santo de vida eterna y el cáliz de perpetua salud...*, llenándonos á los fieles

de todas las bendiciones y gracias celestiales; no siendo menos expresivas las tres oraciones antes de la comunión, llenas de ruegos piadosos á Dios nuestro Señor.

Es, por consiguiente, sobremanera provechoso á los fieles que oyen la santa Misa unirse con la intención al sacerdote en las referidas adoraciones, peticiones y acciones de gracias, pues, como antes hemos declarado, todas son hechas en nombre de Jesucristo, por *El*, en *El* y con *El*; de tal suerte, que el sacerdote y los fieles desaparecen, en cierta manera, para no dejar ver á Dios más que la persona augusta de su Hijo unigénito en figura de Víctima por nuestro amor.

9. El antes citado San Leonardo de Puerto-Mauricio oía la santa Misa de esta manera. Desde el principio hasta el ofertorio se ocupaba en adorar á Dios.—Desde el ofertorio hasta la consagración, en pedir al Señor *perdón de los pecados*.—Desde la consagración hasta la comunión, en dar gracias al Señor. Y luego, hasta el fin de la Misa, empleaba el tiempo en rogar á Dios por él y por todos los cristianos, pidiendo cuantas gracias juzgaba convenientes para sí y para los demás. ¿Puede darse un modo más sencillo de oír la Misa, y al mismo tiempo más provechoso? Y si alguno quisiera ampliar más las consideraciones piadosas, ¿qué cosa más fácil que pensar en *quién* ofrece el Sacrificio, á *quién* le ofrece, qué es *lo que ofrece* y *el motivo* porque le ofrece? ¡Oh cuán ingenioso es el amor de Dios, cuando realmente se quiere oír con provecho la santa Misa!

Únanse, pues, los fieles al sacerdote; sigan con atención las diversas ceremonias de la Misa; reflexionen lo que cada una de ellas significa, no sólo porque éste es el medio más seguro para no padecer distracciones voluntarias, sino porque dichas ceremonias excitan á devoción y nos unen más estrechamente con Dios. Bueno será que apuntemos aquí algo de lo mucho y muy bueno que sobre este punto han escrito los doctores ascéticos.

§ II

SIGNIFICACIÓN DE LAS PARTES PRINCIPALES DE LA MISA

10. Significación de los ornamentos sacerdotales.—11. Parte primera de la Misa.—12. Parte segunda.—13. Parte tercera.—14. Fracción de la Hostia y parte cuarta.—15. El Cenáculo y el altar.—16. Conclusión.

10. Todo en la Misa representa el adorable sacrificio de la Cruz, y todo en ella tiene significación mística, dulce y consoladora. Comenzando por los ornamentos del sacerdote encontramos en los libros piadosos que el *amito* representa el velo que cubría el divino rostro de Jesús cuando le abofetearon. El *alba*, el vestido blanco que le mandó poner Herodes por mofa. El *cingulo*, las cuerdas con que le amarraron en el Huerto de las Olivas, y que sirvieron para la flagelación. El *manipulo*, las cadenas con que le ataron á la columna; y lo pone el sacerdote en su brazo izquierdo, que es el más próximo al corazón, para indicar el gran amor que Jesús nos tiene. La *estola* es figura de los tres clavos con que fué sujeto en la Cruz, y significa también la autoridad sacerdotal recibida del Señor. La *casulla* indica el manto de púrpura con que revistieron á Jesucristo y la túnica que le arrancaron y sortearon, poniendo también á la vista de los fieles la Cruz, instrumento del suplicio del Redentor. Cosas todas, como se ve, que inducen á meditar sobre la Pasión y á orar con fervor.

Mas viniendo ya á la Misa en sí misma, puede considerarse dividida en cuatro partes: primera, desde el *Confiteor* hasta el *Ofertorio*, ó sea la preparación para el Santo Sacrificio; segunda, desde el *Ofertorio* hasta el *Pater noster*; tercera, desde el *Pater noster* hasta la *Comunión*; cuarta, desde la *Comunión* hasta el fin. Reflexionemos un momento sobre cada una de ellas.

11. PARTE PRIMERA DE LA MISA.—El sacerdote debe llegarse al altar enteramente purificado, y como los oyentes también ofrecen el Sacrificio y se unen con la intención al celebrante, á todos conviene recitar el *Confiteor* para que desaparezcan del alma, con la contrición, hasta las culpas veniales y comiencen como ángeles el augusto misterio que se va á realizar.

El *Introito* es una alabanza que se hace á Dios, y á continuación siguen los *Kyries*, con los cuales invocamos el auxilio y la misericordia divina; es una conmemoración de nuestra miseria

presente, y un ruego que hacemos á Dios uno y trino para que nos socorra. Son tres trinidades de Kyries; la primera, dirigida al Padre; la segunda, al Hijo; la tercera, al Espíritu Santo; y esto contra nuestra triple miseria, ignorancia, culpa y pena.

El *Gloria* es un himno de alabanzas al Señor, y también un recuerdo de la gloria celestial, á la cual esperamos ir después de las luchas de esta vida. Se omite en las Misas fúnebres, porque éstas hacen relación á las calamidades del tiempo presente.

El *Oremus* es una invitación que hace el sacerdote al pueblo, para orar todos juntos, y en las oraciones que á continuación canta ó recita, además de las gracias particulares que impetra, ruega al Señor que todos seamos dignos de tan inefable misterio.

La *Epístola* significa la Antigua Ley; el *Gradual* la penitencia que hacía el pueblo cuando la predicación del Bautista; el *Evangelio*, la Ley nueva y la moral de Jesucristo; el *Credo* es la profesión de la fe católica; y todo esto se hace como instrucción previa para que los fieles entren fervorosos en la contemplación del gran misterio eucarístico.

12. PARTE SEGUNDA DE LA MISA.—Terminada esta primera parte de la Misa, comienza la segunda, que comprende hasta el *Pater noster*. Es la parte más principal, la más santa, sagrada y divina; es el principio del inefable misterio del altar; es la ofrenda, el sacrificio, el Sacramento, en el cual el sacerdote, como endiosado y en nombre de Cristo, hace el *Ofertorio*, es decir, ofrece á Dios el pan y el vino que ha de consagrarse, y juntamente su corazón y el de los fieles que á él se unen, para que sean hostia aceptable al Señor.

El *agua* que se pone en el cáliz uniéndola al vino, significa la que salió mezclada con sangre del costado de Jesucristo en la Cruz.

El pan, hecho de varios granos de trigo, y el vino procedente de varios granos de uva, representan á la Iglesia, compuesta de varios miembros, ó sea de varios hombres, dispuestos á ser transformados en otros Cristos, á la manera que el vino y el pan son convertidos en el Cuerpo y Sangre adorable de nuestro divino Redentor.

Lávase el sacerdote las manos para indicar la gran pureza de alma necesaria para celebrar el augusto Sacrificio, como invitando á los fieles asistentes á que se purifiquen más y más con un acto de contrición verdadera y que no se frustre en ellos el grandioso fruto de la Misa.

Orate fratres—dice el celebrante—para que el Sacrificio *mío y vuestro*, que vamos á realizar, sea aceptable á Dios Padre omnipotente; y el asistente, en nombre de los fieles, contesta expresando sus deseos de que las intenciones del sacerdote sean cumplidas.

El momento solemne y dichoso en que el Dios de cielos y tierra, Cristo nuestro Señor, va á ponerse realmente presente en el altar, se acerca, y entonces el ministro del Altísimo, esforzando su espíritu cuanto puede, y elevando los brazos al cielo, dice á los fieles: *Sursum corda*. Arriba los corazones, elévense á Dios; y comienza el *Prefacio*, que es un canto de triunfo y de gloria, de alabanza y de honor que el pueblo, en unión de los ángeles y arcángeles, querubines y serafines, dirige á Dios Padre por Cristo nuestro bien, diciendo: *¡Santo, Santo, Santo!*

¡Qué sublimidad! ¡Qué regocijo! ¡Qué gloria! Y comienza el *Canon*, que quiere decir *regla*. Levanta el sacerdote las manos para elevar la tierra hasta el cielo y hacer que el cielo baje á la tierra, y en aquellos críticos instantes hace el *Memento de vivos*; es decir, que, en nombre de Cristo y de la Iglesia, ora por todos los fieles, por sí mismo, por todos los circunstantes y muy principalmente por aquellos en cuyo favor ofrece y aplica el Santo Sacrificio. ¿Cómo es posible que Dios no oiga tales oraciones, hechas en tal circunstancia, en ocasión tan propicia, y como por los labios augustos de Cristo nuestro Señor y de su amadísima Esposa la Iglesia?

Pero aún hace más el sacerdote, pues poniendo á continuación las manos sobre el pan y vino (*Hanc igitur*), dirige al cielo cuatro peticiones importantísimas: primera, que aplacado el Señor reciba propicia la ofrenda de nuestra servidumbre; segunda, que gocemos de paz durante esta vida; tercera, que nos libre de la condenación eterna, y cuarta, que nos cuente en la preciosa grey de sus escogidos.

«Señor—añade—dignate *benedicir* esta ofrenda (*benedictam*), *acéptala* (*adscriptam*), *ratificala* (*ratam*), y hazla *razonable y aceptable*.» Palabras que, considerándolas San Pascasio, dijo: *Benedicida*, y que por ella seamos bendecidos; *adscripta*, y que por ella todos seamos inscritos en el cielo; *ratificada*, y que por ella seamos contados en las entrañas de Cristo; *racional*, y que por ella seamos despojados de todo sentimiento menos razonable; *aceptable*, y que por ella, desechando todo lo malo, seamos aceptables en unión de Jesucristo, tu único Hijo (1).

(1) Quam oblationem, Tu, Deus, in omnibus quaesumus benedictam, adscriptam,